

Monseñor Gerardo Valencia Cano

espejo del defensor radical de la dignidad humana

Ya cerca de cumplirse el 50º aniversario de la muerte trágica del Obispo de Buenaventura, Monseñor Gerardo Valencia Cano, envuelta en circunstancias y contextos que invitan a interpretarla como un atentado premeditado, que buscaba eliminar a un profeta ciertamente incómodo para las capas dirigentes del país, incluyendo algunas jerarquías eclesíásticas, vale la pena revisar muchas facetas de su talante profético que siguen siendo canteras inextinguibles para alimentar energías espirituales a la vez que compromisos sociales y políticos de hondo contenido humano y cristiano.

La vida ministerial del “Hermano Gerardo”, como él ordenó que se le llamara, se desarrolló entre los años 40 y 70 del siglo XX: ordenado sacerdote misionero en 1942; nombrado Prefecto Apostólico de Mitú en 1949; consagrado Obispo de Buenaventura en 1953 y muerto en enero de 1972. Fueron años de profundas convulsiones en Colombia, en la Iglesia y en el mundo, frente a las cuales fue configurando esa imagen dinámica del ser humano que incentivó y marcó las rutas de su caminar. Asimiló profundamente los planteamientos que afloraron en el Concilio Vaticano II y en la Conferencia del Episcopado Latinoamericano realizada en Medellín en 1968 y trató de vivir y de responder a fondo a todos esos desafíos, desde una vida sencilla, encarnada en la cotidianidad de sus contextos humanos y sociales.

Hablar de “*derechos humanos*” en esas décadas era algo inusual. Quienes comenzaban a utilizar marginalmente ese lenguaje en Colombia eran tratados de “subversivos” por las instituciones estatales y por los medios masivos. Sin embargo, mirada retrospectivamente la vida del Hermano Gerardo, nadie dudaría en calificarlo hoy como un comprometido defensor de los derechos y la dignidad humana. Pero hoy día ese lenguaje tiene fuertes connotaciones jurídicas y ese no fue el ámbito teórico que contextuó la intensa y constante reflexión del Hermano Gerardo, la cual se ubica, más bien, en un ámbito teologal y existencial.

El 10 de agosto de 1970 publicó en Buenaventura un artículo titulado “**Los Nuevos Poderes**”, en el cual recordaba el impacto que le produjo el discurso del Papa Pablo VI ante la Asamblea General de la ONU (el 4 de octubre de 1965) y sobre todo estas palabras: *“Debemos habituarnos a pensar en el hombre en una forma nueva. En una forma nueva también la vida en común de los hombres; en una forma nueva, finalmente, los caminos de la historia y los destinos del mundo”*. A esas palabras del Papa el Hermano Gerardo les hizo este sentido comentario: *“Hasta ahora, en verdad, miramos en el hombre, no la persona humana, sino el color, la edad, la salud, la ciencia, el prestigio, su historia real o falsa, su sexo, etc. Hemos olvidado que lo fundamental en el hombre es ser hombre y, para el cristiano, el ser hijo, imagen de Dios, redimido por Cristo. La consecuencia peor de este injusto modo de mirar a los hombres es su clasificación en débiles y poderosos, sabios e ignorantes, dignos e indignos, gente de bien y plebeyos”*. La aparición de Cristo la considera el Hermano Gerardo como la aparición de **nuevos poderes** que amenazan en constituirse en contrapoderes frente a estructuras arcaicas e injustas, pero afirma enseguida que esos nuevos poderes *“nada tienen que ver con la fuerza, ni la técnica, ni la riqueza. Son poderes fundados en la naturaleza misma del hombre y, por lo mismo, superiorísimos a cualesquiera otros fundados en apariencias o en realidades superpuestas. Por más que se los llame “nuevos” no son innovaciones en las relaciones humanas. Hace veinte siglos, al nacer, vivir y morir Cristo en las situaciones que rodearon su historia, nos enseñó con su palabra y con su ejemplo, que el verdadero valor del hombre radica solamente en su humanidad (...) La aparición de los nuevos poderes en la sociedad moderna significa una redistribución del poder entre los grupos que hasta ahora estaban desposeídos de él”*.

Tal visión del valor del ser humano, radicalmente antidiscriminatoria, está en el trasfondo de todas sus reflexiones y de todos sus comportamientos. No hay duda que para él, el indígena, el afro, el campesino, el marginado, el indigente, el rebelde, el no creyente, eran depositarios de un valor sagrado que activaba, al mínimo contacto, su sentimiento de veneración profunda.

Su ministerio episcopal fue coloreando progresivamente con especiales cuidados de defensa de su dignidad, a los indígenas y a los negros. Habría muchas páginas de sus escritos que podríamos citar para apreciar esa predilección, pero quizás basta mencionar ciertos momentos de su creación

poética, pues la poesía es quizás el lenguaje que mejor expresa las abundancias del corazón:

Quizás ningún otro texto nos puede revelar con mayor contundencia su amor y respeto por el indígena, que el Himno del Vaupés, compuesto por él, y no solo en su letra sino también en su melodía. En una de sus estrofas se identifica con esa etnia abandonada y oprimida: *“Soy un hijo de la selva, un hermano del tucán; mi carcaj abunda en flechas y en hevea el siringal; soy Tucano, selva mía, y te quiero con furor; yo por ti morir podría y me muero por tu honor”*. En otra estrofa asume el reclamo de esa raza a la nación que la discrimina y humilla: *“Si Colombia en mí pensara con materno corazón, de salvaje me trocara en un ínclito varón. Tengo seso, tengo bríos y ambiciono engrandecer. ¡Ay! Colombia, patria mía, no me dejes perecer”*.

Un extracto de su diario íntimo, en el cual consignaba los sentimientos que afloraban siempre en su oración matutina, precisamente el día en que lo consagrarían Obispo en ceremonias que reflejaban simbolismos de poder y de ostentación, expresa su opción más profunda por la pobreza. Le pide a Dios que no lo deje ser rico:

“Ah, Dios mío, yo te lo ruego, no me dejes ser rico (...) por más obispo que sea, no quiero vivir de otro modo que tu Divino Hijo (...) Concédeme la gracia de ser y aparecer pobre por el bien de mi alma y de las muchas que me has encomendado”. Y los signos de esa pobreza que quiere asumir radicalmente, los toma precisamente de la vida de los indígenas del Vaupés con los cuales había compartido los últimos tres años: “Haz que mire el oro como miraba las aguas negras del Vaupés; que mire las comodidades como miraba las hamacas sucias y las canoas rotas y las malokas abandonadas; haz que me sienta en los banquetes como me sentía alrededor del camutí con quiñapira y del valay con el casabe duro; haz que mire a los ricos del mismo modo que miré a mis Macúes desnudos; haz que viva y muera entre mis ovejas y misioneros como el amadísimo San José al lado de María Santísima y del dulce Jesús”.

Sólo el amor lleva a querer vivir de forma similar al ser amado, a querer utilizar sus mismos instrumentos de sobrevivencia, a saborear con alegría sus mismas delicias, así sean miserables.

El amor por la raza negra se aquilató ciertamente en Buenaventura, donde compartió más años con sus “porteños” afros. Un efluvio místico de esa identificación con el negro se revela en su hermoso poema:

*“**Quién dijo que negro y malo es lo mismo**”. Algunos de sus versos son sublimes: “Si lo negro fuera negación, no veríamos en la noche las estrellas, ni tras la noche el día; ni la noche sirviera de descanso, ni la sombra de fondo a los colores; ni la vida germinara bajo el suelo; ni el laúd arrullara entre la noche, ni el diamante fuera el rey de los metales; ni el carbón diera fuego (...) La noche me parece una madre embarazada que a la aurora revienta convertida en vida y en colores. La vida se fabrica en las tinieblas, y están hechas de silencio, de paz y de esperanza; recogen en su seno las semillas, las calientan, las impulsan, las esparcen, las representan sobre la cuna de la aurora, convertidas en hombres, en palomas, en flores y en brillantes. “**Negra soy pero hermosa**”¹ dice de sí misma la verdad divina. Y el misterio oscuro, impenetrable para el hombre, se convierte en el lenguaje divino con que Dios nos descubre su insondable esencia. Baja, baja hacia el humilde oscuro, para que puedas alcanzar al Maestro, que al ocultar ante el hombre los rayos de su esencia, pudo servirle de esclavo, de rescate y alimento. Lo negro es el camino de lo grande. Hunde bajo la tierra los cimientos, si quieres elevarte. ¿Quién te dijo que negro y malo es lo mismo?”*

Pero el texto en que se confronta profundamente con la cultura afro es la CARTA AL PORTEÑO, publicada el 20 de mayo de 1968, pieza de similar sublimidad que la anterior:

¹ Cantar de los Cantares, 1,5.

“Hermano costeño, ¿qué pesa sobre ti que no te levantas? Hace mucho tiempo trato de descubrir la mole que te tiene oprimido contra el suelo y no la veo. Te llamo y no respondes. Te urjo y no te mueves. Te canto y no me entiendes. Pero cuando cantas tú, hasta la tierra se mece. ¿Qué te oprime, hermano, que no te levantas?

Tengo el dolor de ser de otra raza. De una raza que no te comprende, que no alcanza a descubrir en ti lo que te hace mi hermano. Tengo el dolor de pertenecer a otra cultura. Soy yo el oprimido por una mole que no me deja mirarte, que me impide comprenderte. Ahora pienso, hermano mío costeño, que la seguridad que busco en ti no tiene las mismas dimensiones que la mía. Yo me he asegurado sobre mis pies. Tú tienes la seguridad en la frente. Yo he pensado que el universo era para mí tan conquistable como una mujer liviana. Tú has sabido mirar siempre en el cosmos los dominios de Dios. Yo pensé que el hombre podría redimirse a sí mismo. Tú siempre has considerado mi pensamiento como un desafío suicida.

Por eso, mientras me rompo la cabeza para investigar la mole que te oprime, descubro que soy yo el inmolado. Si mis conquistas fuesen capaces de darme la seguridad de que alardeaba, no tuviera ahora la flor de la juventud de mi raza abominada de mis labios. Mis pies corrieron más velozmente que mi cabeza y la carrera me ha llevado al borde del abismo. Por eso me siento cada día más inseguro, mientras corro huyendo de la única fuente de seguridad que me la daría el Autor del universo. Tú en cambio, hermano, sabes dónde pisas, porque pisas blando y despacio. Yo he pensado adelantarme a Dios, prescindiendo de sus brazos. Tú caminas al paso de Dios. Y así eres más lógico.

Ahora comprendo que mi oficio no es enseñarte sino comprenderte. Ahora comprendo que tú eres una maravillosa puerta, por donde se penetra en el templo de la sabiduría.

Ahora comprendo que para poder comprenderte, tendría yo que hacer lo del gusano, convertirme en crisálida.

Hermano costeño, voy descubriendo el secreto de esa mole que me parece te tiene contra el suelo. Yo soy el oprimido. Llegará el tiempo en que tendrás que tenderme tu mano compasiva, porque yo me estaré ahogando. Ahora las consignas de la electrónica me embriagan de soberbia. Mientras tú continuas contando con los dedos la paciencia de Dios.

Pero habremos de acercarnos, hermano costeño. Cuando nosotros nos hayamos roto la cabeza a fuerza de desafiar a Dios, vosotros nos descubriréis que la única seguridad infalible se encuentra en aquel que habiendo marcado el universo con su sello divino, luego nos envió a su Hijo a rescatarnos, haciéndose semejante a nosotros y uniéndonos en él a todos los humanos.

Hermano costeño, cuando me vuelvan a hablar de la mole que te oprime, me acordaré que yo soy el inmolado.”

En un radical discurso que el Hermano Gerardo pronunció en Quibdó el 19 de junio de 1971, en el cual derribó los mitos más comunes que tenemos sobre el “desarrollo” en nuestra cultura, señaló a los indígenas y a los negros como los que poseen la clave más profunda del verdadero desarrollo: *“El indio de América y el negro más auténtico, tienen en su alma y en su historia la clave verdadera de las reformas sociales; lo han tomado de su casto contacto con la naturaleza, lejos de lo artificial que ha provocado en el hombre su tentación de ser Dios”.*

Y al final de su vida, dos días antes de su muerte, escribió en su diario íntimo, desde el seminario de Yarumal, cuna de su vocación misionera: *“Por aquí pasé hace 40 años (...) soñaba ser misionero entre indios. Lo soy hace 22 años. Y estoy feliz de serlo; cuántas veces he querido identificarme con ellos en un todo, Sí, ser totalmente indio... o negro de mis ríos. Tú mismo te has visto en aprietos para detenerme... Ah, ¿y mi sacerdocio? Lo comprendo: ser un sacerdote indio de los indios o un sacerdote negro de los negros. Cuando estuve entre los blancos fui un sacerdote blanco de los blancos. Ahora es mi problema: ¿Cómo dejar de ser blanco?”.*

Esta valoración tan profunda de los que no tienen poder ¿de dónde le venía a Gerardo? Ciertamente no la bebió en los rasgos más comunes de nuestra cultura occidental, ni siquiera en los documentos eclesiológicos, donde la pastoral misionera y la caritativa difícilmente superan los parámetros del paternalismo.

El Hermano Gerardo asistió con un interés y una atención fuera de lo común a las sesiones del Concilio Vaticano II (1962-65), pero no lo hizo como espectador pasivo, como quien va a escuchar y a tomar notas para después mirar si le sirven de apoyo a sus discursos. El 2 de octubre de 1963 escribió en su diario, durante la segunda sesión del Concilio: *“Ser yo mismo, saber para dónde voy, ser libre, definiciones que me parecen sinónimas y un bello ideal. ¿No es eso mismo lo que me he propuesto cuando he aspirado a ser un hombre serio?”*. Esa actitud de discernimiento de su libertad responsable, lo llevó incluso a rechazar posiciones de quienes ejercían la dirección del Concilio. El 19 de octubre del mismo año, se lee en su diario íntimo: *“También en el Concilio soy un rebelde -¡qué pena!- contra los santos: Lercaro, Ance²; yo no entiendo su programa para salvar el mundo. Dios mío, si mis ideas son solamente catalizadoras, magnífico; si no sirven para nada, abóname el atrevimiento¹”*.

Pero ese atrevimiento encaja perfectamente en su comprensión de la infalibilidad o creencia en que el Papa no se puede equivocar en nada. Una nota de su diario, del 14 de noviembre de 1963, nos la explica: *“Yo simplemente creo que el Santo Padre es infalible y que también lo somos nosotros con él. No porque él nos participe de la suya, ni porque nuestra luz intensifique la suya, sino porque todos unidos formamos ese cuerpo docente de la Iglesia a quien Cristo asiste ‘hasta la consumación de los siglos’. ‘El que a vosotros oye, a mí me oye’”*.

Esa especie de “rebeldía” que él mismo se reconoce, no era algo improvisado; era un rasgo de su personalidad que él asimiló profundamente en su espiritualidad. Al iniciar el año 1956, cuando apenas llevaba un par de años al frente del Vicariato de Buenaventura, escribió una Circular para motivar a sus sacerdotes y demás colaboradores en ciertos principios espirituales: **“formar en nosotros la plenitud de la edad de Cristo”**. Ese documento nos descubre la mente de alguien que no piensa como la gente del común ni como los

² Se refiere al Cardenal Lercaro y al Obispo francés Alfred Ancel, ambos con un papel directivo en el Concilio Vaticano II, sobre todo en las discusiones sobre la *Gaudium et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo moderno.

eclesiásticos del común; de alguien que se adelanta a los cambios; que vive una metamorfosis profunda que lo separa de inercias ideológicas, sociales, políticas y teológicas:

“hemos de darnos cuenta que el mundo de hoy no permite programas de saber estático; que no nos sea lícito pensar que los métodos de hoy puedan todavía reducirse a los de nuestros abuelos. La dinámica de hoy hace el ambiente del presente en tal forma activo, que no hay campo para la espera paciente del vendedor de artículos viejos, tan viejo como ellos y tan esquivo como ellos a la silueta de las cosas modernas. La Iglesia Católica no es una sociedad de directores de museos o de santuarios de oración: es la vida de Cristo en la humanidad buscando la plenitud de la edad de Aquel que es su Cabeza Divina. Es una vida, y por lo tanto un movimiento; y es una vida perfecta y por tanto tendiente siempre a una perfección infinita que aspira a invadir todas las células del hombre y de la humanidad. Mal haremos, por consiguiente, cuando queremos cumplir con nuestra vocación, aislando a los hombres de sus actividades para acercarlos a Dios. Es necesario que nos mezclemos a ellos con sus actividades como la levadura en la masa para saturarla de Cristo y como la luz en las tinieblas para ayudar a los hombres a vivir en Cristo. De los diez mandamientos, solo hay uno que se cumple en los templos; los demás, los nueve restantes, se practican afuera de los templos; todos están hechos para que practiquemos el amor de Dios; luego el noventa por ciento de la ley de Dios se ha de cumplir viviendo en medio de los hombres.

Pero tampoco podemos creernos banqueros de la gracia divina con el encargo de prestar al que pida y de atesorar méritos de santos: nuestro oficio es refrigerar en el campo de trabajo con la sangre de Cristo y con su doctrina a los que laboran en el progreso del mundo; mantener el optimismo de los que luchan por la realización de sus proyectos personales y sociales, y vivir señalando a cada uno la meta de sus esfuerzos y el fin de sus trabajos. Los templos seguirán siendo la “Casa de Dios”, pero el

mundo social y el mundo del trabajo son la palestra de los diez mandamientos cuyo fiel cumplimiento es el secreto para realizar el ideal del verdadero hombre”.

Reflexiones como las anteriores evocan los escritos del Padre Camilo Torres o los del Papa Francisco, retrotraídos varias décadas atrás.

La vida espiritual, según él, tenía que estar encarnada en los problemas del mundo y sólo allí se podía vivir el Evangelio o *“avanzar hacia la plenitud de la edad de Cristo”*. Para entender mejor ese eje de su espiritualidad, vale la pena citar su homilía del segundo domingo de Adviento de 1970, en la cual se refirió a un artículo del periodista Germán Castro Caycedo, ganador de un Premio Nacional de Periodismo, el cual había titulado: **“Buena Ventura, tierra de oro y miseria”**.

“Puede este tema caber en lo sagrado de una homilía? Si nos fuera dado separar al hombre religioso del hombre de la calle, podríamos dejar el tema para tratarlo en el café. Pero vosotros no habéis dejado el cuerpo para entrar acá con solo el espíritu. Oráis con la lengua, pensáis con la cabeza, son vuestros pies, flacos o robustos, los que os sostienen, tenéis de vecino al hijo que os preocupa, al acreedor que os acosa, al inquilino moroso, al comerciante de quien desconfiáis, a la esposa que os cela. La vida de afuera está aquí toda, encerrando en este momento sus incontables preocupaciones, como se estrechan las aguas del Dagua al pasar por Loboguerrero. Por eso, la mejor publicación periodística de este año que nos describe como una “tierra de oro y de miseria” vale la pena ser estudiada en este momento en que el Creador del Universo nos espera reunidos en la confianza de hermanos, en esa confianza que se tiene en las pobres residencias de la marea, donde el escritor sólo pudo ver con sus gafas, “hacinamiento y promiscuidad”.

“Si en este momentouviésemos aquella fraternal confianza, si no hubiésemos traído acá las diferencias y las distancias que afuera nos separan por edad, clase, color, posición social y aún gremios, podríamos analizar luminosamente entre todos, al menos el título del escrito y juzgar si en verdad, Buena Ventura

sí es “tierra de oro y de miseria”; por qué lo es, cómo lo es, cuáles son las causas, cuáles los remedios, o si, por el contrario, el escritor se ha engañado, nos ha calumniado; y por qué, a pesar de ser una grave injuria y una calumnia, los calificadores le concedieron el Premio Nacional de Periodismo.”

“¿Insistís en que esto no tiene que ver con el culto dominical? (...) Buenaventura no es la bahía ni los muelles, ni la isla, Buenaventura es el pueblo y nosotros somos parte de ese pueblo y no la élite (acá no hay élite), somos sencillamente Buenaventura (...) os quiero sí poner de presente que la medida del juicio que tienen sobre nosotros en el interior está muy distante de ser equitativa; primero porque pertenecen a una cultura muy diferente de la nuestra; y segundo porque Buenaventura no ha correspondido con un juicio sobre sí misma, lo cual es gravísima deficiencia en el momento de desarrollo que nos quieren hacer vivir. Se nos quiere hacer progresar a la fuerza sobre unos patrones que no son los nuestros. Sólo cuando acá nos hayamos descrito como nos vemos desde el punto de vista humano y cristiano, podremos aportar a los escritores de fuera el otro estribo del puente que es preciso tender entre ellos y nosotros para entablar el diálogo de un conocimiento mutuo, equitativo y justo. Es por esto por lo que no he puesto entusiasmo en la idea de una universidad porteña filial de cualquiera de las del interior, La experiencia nos muestra que los profesionales que esas universidades nos han formado, o han engrosado el éxodo o vienen acá con ánimo mercantilista (...)

“Respondamos en esta reunión cuya santidad nos exige la mayor sinceridad. Somos cristianos, ni el oro ni la miseria ni la suma de ambos son dignos de nosotros”.

En coherencia con esto, su preocupación por la defensa de la dignidad de los sin-poder no podía separarse de la preocupación por un cambio radical de las estructuras sociales y políticas. En muchos de sus escritos y discursos aborda esta problemática y lo hace con un radicalismo y con una valentía que revela su

consciencia de los riesgos que ello le acarrea. Entre las muchas veces que abordó este tema, cito algunos párrafos de sus programas radiales “Buenos días, Buenaventura”:

“La historia de la humanidad ha logrado sembrar tan hondo en los hombres el egoísmo que aún a los más generosos se les hace un imposible pensar en una comunidad humana sin grandes y pequeños, sin ricos y pobres, sin amos y súbditos, sin autoridad y obediencia. Pero aunque el mundo rueda sobre sí mismo, la humanidad camina hacia adelante irreversiblemente en busca de la realización del modelo que en el principio de los tiempos quedó fijado en su mente como una meta necesariamente alcanzable: la meta de la unidad (...) No podemos dudar que la humanidad ha hecho unos esfuerzos violentos para encontrar en el sistema marxista-leninista la comunidad ideal. Pero ¿qué ha pasado? Tanto en Rusia como en China los sistemas nuevos se han implantado como una reacción violenta a la antigua tiranía. Esta reacción no ha logrado crear en estos grandes países la sociedad ideal, en la que tanto se respeten y mantengan los legítimos derechos de la persona humana, como se estimulen los deberes de cada hombre para con sus hermanos

¿Cuál es, pues, el sistema ideal para que la humanidad marche en paz hacia la realización de su destino final? Como cristianos no vacilamos en afirmar que es el socialismo, es decir, aquel sistema de relaciones humanas en que la perfección del individuo se mide por su disposición de servicio desinteresado al prójimo, En este caso el Evangelio y Cristo su protagonista, constituyen el código y el modelo más perfecto del ciudadano; y el Cristianismo deja de ser un sistema religioso para convertirse en un sistema político. En efecto, ¿dónde encuentra el hombre un código de relaciones humanas más perfecto que en aquellas humildes páginas salidas de la pluma de cuatro sencillos hebreros del primer siglo de esta era?”(programa del 25 de junio de 1971)

“El distintivo de los cristianos es amarnos como Cristo nos amó. ¿Cómo puede haber amor cristiano donde hay tan grandes distancias entre unos y otros? Se suele alegar que si en Colombia se distribuyen más equitativamente las posibilidades, rondará la miseria por todas partes, como si la gordura de los unos tuviera que ser alimentada por el hambre de los más (...) Los que se esfuerzan por negar el pecado de origen, viven atribuyendo las distancias entre los hombres a un destino ciego, implacable, que crea los unos para servir con sus cadáveres de abono a la gordura de los potentados. La injusticia es un pecado conscientemente cometido por los humanos y libremente cultivado hasta convertirlo en vicio. Dar a cada uno lo que le pertenece está dentro de los límites, no sólo del conocimiento del hombre, sino también dentro de sus posibilidades (...) La nueva sociedad que el mundo espera para esta vida, es una sociedad sin mío y tuyo, construida, no como en Rusia y en China sobre la tumba de millones de hombres, sino sobre la cordura de unos pueblos que, comprendiendo el Evangelio en que fuimos adoctrinados desde siglos atrás, comencemos a reconocer que solamente viviéndolo con la sencillez con que fue predicado, podremos conseguir la paz que tanto ambicionamos y que en vano hemos querido disfrutar de siglos atrás. Colombia no tiene porqué recurrir a modelos extraños, cuando tiene capacidad para descubrir sus propios caminos” (programa del 17 de diciembre de 1971).

El Hermano Gerardo, al finalizar el Concilio Vaticano II, había firmado, junto con otros 39 obispos del Tercer Mundo, la mayoría latinoamericanos, el famoso PACTO DE LAS CATACUMBAS, en el cual se comprometían a cambiar el estilo de vida por un estilo muy austero, y en el punto 10 afirmaban: “ 10) Haremos todo lo posible para que los responsables de nuestro gobierno y de nuestros servicios públicos decidan y pongan en práctica las leyes, las estructuras y las instituciones sociales necesarias a la justicia, a la igualdad y al desarrollo armónico y total de todo el hombre en todos los hombres, y, así, al advenimiento de otro orden social, nuevo, digno de los hijos del hombre y de los hijos de Dios.”

(Pacto firmado en la Catacumba de Santa Domitila, en Roma, el 16 de noviembre de 1965).

Pero la mayoría de los ítems del Pacto de las Catacumbas se refieren a formas de austeridad y sencillez de vida. Quizás ningún otro de los firmantes llegó al radicalismo del Hermano Gerardo en asuntos de austeridad. El espíritu del Concilio ya lo había llevado a prescindir de los arreos episcopales y luego prescindió incluso de la sotana, y eso que como obispo sólo había usado siempre una sencilla y gastada sotana de presbítero. Al radicalizarse siguió usando un vestido de obrero color caqui. En su diario íntimo escribió el 15 de marzo de 1968: *“¿Por qué no me orientas, mi Dios, en la conducta que debe regir mi vida en traje seglar? Antes el hábito me revelaba como tu ministro. Ahora no será el hábito sino el modo. ¿Cómo haré yo, no Tú, para que los demás me miren y aprecien como tu ministro y tu siervo? Permíteme creer que, no disimulando que soy tu ministro, por mi digno comportamiento, no dejando de servir sinceramente a mi prójimo. Haz que así sea por la ascética, por la mística y el ánimo de servicio. Hazme sacrificado en mis apetitos, hombre de estudio y oración, apóstol de tu amor y eucaristía para mi prójimo”*.

Con vestido de obrero, su comportamiento estuvo muy cercano al de los obreros. Se cuenta que lo vieron cargando bultos en el muelle junto con los braceros; ayudando a cargar muebles y trastos de familias desalojadas violentamente por los planes urbanísticos, hundido en el pantano; viajando por los ríos con un minúsculo equipaje. El abandono de la sotana le valió una fuerte reprimenda de Monseñor Builes, su Padre Fundador y el desaire de clérigos y de “gentes de bien”. Pero sus ideas sociales y políticas ya no solo le acarrearón desaires sino persecuciones progresivas, las cuales se incrementaron cuando acogió en Buenaventura al Grupo de Sacerdotes de GOLCONDA, quienes, apoyados por él, difundieron ante el país y el mundo un manifiesto profundamente crítico de las estructuras sociales y de la pastoral tradicional de la Iglesia. En adelante fue señalado como **“el Obispo Rojo o Comunista”**. El Instituto de Misiones Extranjeras de Yarumal, en el cual se había formado y del cual había sido un tiempo su Superior General, tomó distancia frente a él y se convirtió en su acusador. Solicitaron al Vaticano que enviara un visitador para que examinara sus ideas y comportamientos y considerara su destitución; entre tanto se negaron a destinar más misioneros para Buenaventura. Al menos sus

dos últimos años fueron atormentados, sometido como estuvo a duros juicios de sus hermanos.

El Diario íntimo del Hermano Gerardo queda como testimonio de sus sufrimientos. En él se revelan los quilates de su profetismo. Quien fue su mayor confidente, el Padre Gerardo Jaramillo González, consigna las plegarias angustiosas de su Diario en su biografía³. Se pregunta permanentemente si estará equivocado; si sus posiciones obedecen quizás a su orgullo y a su testarudez; hay momentos en que parece que quiere retroceder y pedir perdón, pero en la profundidad de su oración siente la exigencia del Espíritu que lo sostiene a contracorriente y que lo fuerza a no traicionar un caminar que ha sido inspirado por el Espíritu de Jesús. *“Señor, ¡qué golpes! Sálvame de estas aguas que crecen invenciblemente y que amenazan hundirme... Yo no quiero renunciar a tu Evangelio”* (enero 10/71). *“Mi Dios, no permitas que yo te sea infiel. Ilumina tus caminos delante de mí. No importa que sean como sean. Lo único que te pido es que los ilumines”* (enero 12/71). *“Yo no quiero renunciar a mi oficio de apóstol, ni quiero tampoco dejar de ser otro Tú en medio de mi pueblo”* (enero 14/71) *“Ahora que la tempestad arrecia y se descubre mi pequeñez y mi cobardía, mi pobreza y mi ignorancia y mis pecados, es cuando más puedo y más debo confiar, más puedo y más debo orar, más puedo y más debo sacrificarme”* (febrero 12/71) *“En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu... ¿Qué es esto, mi Dios? Todo se ha conjurado contra mí, Tú, el mundo, mi yo. Sin embargo, mientras viva, puedo bajar más hondo. Señor, ten compasión de mí”* (junio 12/71). *“¿Qué hago, entonces? ¿Cerrar los ojos? ¿Huir?... Ni cerrar los ojos ni huir. Amar. Es mi vocación encerrarme. Debo ser levadura, luz y sal. ¿Cómo podré serlo purificándome? ¿De qué sirve la sal corrompida, la luz apagada, la levadura sin fermento?”* (Septiembre 23/71). *“Dios mío, Dios mío, mira que me ahogo en este oleaje. Tú que eres la luz, ilumíname el camino. ¿Es que mi andar es solo cuestión de coraje? Dame fuerza, Señor, que desfallezco”* (Septiembre 28/71). *“¿Qué situación. Cuando el agua empieza a desbordarse, de nada sirven montoncitos de barro”* (Enero 11/72).

El 21 de enero de 1972 el Hermano Gerardo murió al estrellarse el avión de SATENA en el cual viajaba en ruta de Medellín hacia el Chocó y Buenaventura.

³ Jaramillo González, Gerardo, “El Obispo de los Pobres”, Medellín, 2008

Algunos campesinos afirmaron que el avión no se estrelló en los farallones, como informaron los medios, sino que explotó en el aire. El gobierno suspendió a los pocos días el rescate de los restos, asegurando que el sitio era inaccesible. Sin embargo, pocos días después, un sacerdote con un grupo de campesinos atravesaron la selva y escalaron la montaña y rescataron los restos del Obispo, obligando al gobierno a rescatar los demás restos. Este hecho alimentó la sospecha de que el “accidente” pudo ser más bien un atentado, sospecha que se reforzó cuando un experto francés en accidentes aéreos, amigo de un sacerdote de Golconda, se ofreció a investigar el caso, pero el gobierno, no solamente rechazó su oferta, sino que le prohibió salir de Bogotá durante un tiempo. La sospecha de “atentado”, alimentada además por el estigma que rodeó los últimos años del Hermano Gerardo, se reforzó aún más unos meses después, al conocerse la noticia de que el Obispo de Facatativá, Monseñor Raúl Zambrano Camader, único amigo de Gerardo dentro del Episcopado colombiano y quien compartía su visión crítica de la situación social del país, murió en otro accidente aéreo, el 18 de diciembre de ese mismo año 1972, al precipitarse a tierra la avioneta del Instituto Colombiano de Reforma Agraria -INCORA- en la cual viajaba, pues estaba asesorando algunas entregas de tierras del INCORA. Así, los dos únicos obispos críticos, que se habían convertido en fuente de deslegitimación de las instituciones, quedaban eliminados.

Cuando en julio de 1972 se publicó un primer libro en homenaje y memoria del Hermano Gerardo⁴, Monseñor Raúl Zambrano Camader escribió un perfil de su pensamiento, en el cual destaca estos rasgos:

- “sacerdote substancial y vivencia del Evangelio, rudo con la voz de los profetas, inspirado en la diafanidad de la naturaleza, de su selva y de su mar, generoso y audazmente crítico, sin compromisos distintos del servicio al desheredado ...
- Habló a los pobres y se identificó con ellos; el amor que les profesó no era demagogia de palabras vanas sino el don de su vida, y por ello cuanto dijo llevó la autenticidad de su entrega. Para él la división en clases, como toda división entre los hombres, es antinatural y anticristiana; es una injusticia, porque Dios ‘nos niveló por lo alto’ al hacernos hijos suyos, y

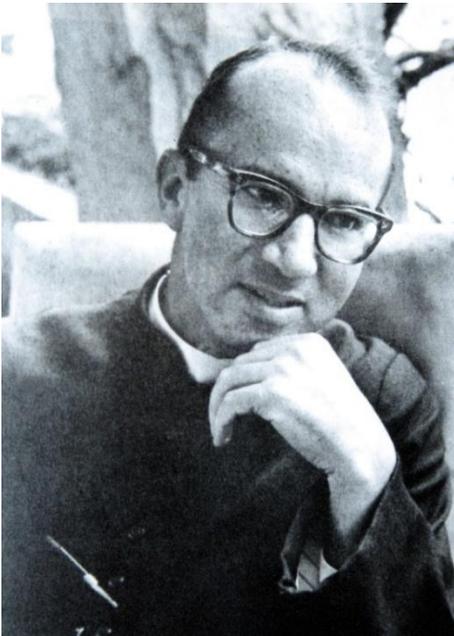
⁴ Monseñor Valencia, publicación dirigida por el Padre Gerardo Jaramillo González, m.x.y. , auspiciada por el Vicariato Apostólico de Buenaventura

porque los valores esenciales de la persona humana son iguales en todos ...

- Para que la liberación sea total, quiso el Hermano Gerardo emprenderla con los mismos marginados, en la convicción de que ellos tienen los recursos para la superación de su esclavitud: **lo que son y cuántos son**. Es lo que llamó 'nuevos poderes'...
- En veces su palabra se tornaba dura y sin distinciones para fustigar a quienes por arte o por el rodaje mismo de las estructuras detentan el poder económico o político, puesto que siempre en toda forma de concentración de riqueza o de influencia hay una falta personal, y no solamente una falla estructural; pero cuando fustigaba con su verbo airado, pretendía liberar al poderoso de la servidumbre de sus bienes materiales, para que en una distribución generosa se hiciera hermano de sus semejantes ...
- Aún cuando le parecía imposible que pudiera darse convivencia entre agua y aceite, dominador y oprimido; solamente al superar esa distancia se puede realizar la fraternidad...
- Proclamó el socialismo como una necesidad para el país y el continente. No se ocupó en disquisiciones sobre la forma, pero rechazó sus expresiones totalitarias (...) su socialismo es la utopía de la fraternidad y de la igualdad, que puede ser una ideología de los regímenes comunistas, pero no ha llegado a ser una realización concreta en ellos. Su socialismo es libertad, y por lo mismo, no el mero cambio de opresores y de sistemas de dominación. Su socialismo no es una importación colonialista de regímenes extranjeros, sino una expresión autóctona de convivencia política y económica dentro de las coordenadas de idiosincrasia latinoamericana y cristiana, que el estudio de nuestra antropología y el descubrimiento de la esencia evangélica, nos hará posible traducir en formas orgánicas e institucionales ...
- Superó el nacionalismo de fronteras estrechas y aceptó el diálogo intercontinental, pero no la dependencia ...
- Era anticolonialista y solamente creyó en las posibilidades propias del Continente Latinoamericano para despegar, realizar y encauzar su desarrollo; entendido éste no solo como progreso económico, porque esto huele ya a modelos capitalistas, sino como liberación, que no será auténtica si no es fruto del propio esfuerzo...

- Encontraba en el socialismo parámetros necesarios para armar los modelos: igualdad, fraternidad, superación de barreras y límites políticos, distribución de la riqueza, limitación de la propiedad privada de bienes de producción; conversión de éstos en servicio de la comunidad; abolición de la propiedad privada del suelo, y pensaba por lo mismo en una reforma agraria que no convierta a los campesinos en propietarios de parcelas familiares sino en socios de empresas comunitarias...
- Supo que el Evangelio tiene que llegar hasta la transformación de la sociedad y de sus instituciones a través de los hombres que aceptan ese mensaje de liberación. Despertar la conciencia adormecida del pueblo en relación con los derechos de la persona humana, es parte del anuncio del plan de salvación que consiste en hacer de los hombres hijos de Dios.

Monseñor Zambrano concluye: “La doctrina que hay en estos planteamientos, formulados en un lenguaje desusado en las cartas pastorales del Episcopado, y más cerca de la jerga de los grupos contestatarios, pero siempre con la perspectiva escatológica adquirida en la intimidad con Dios, puede ser discutida, ponderada en la confrontación con las realidades y experiencias cotidianas de la historia de los pueblos, de sus ideales y mitos; pero, de nuevo. ANTES FUE VIVIDA QUE HABLADA, POR ESO ES VERDAD”.



Hermano Gerardo



Monseñor Raúl Zambrano Camader